

JUAN 18,1-11

TEXTO

«18¹Tras decir estas palabras, salió con **sus discípulos** hacia el otro lado del valle del Cedrón, donde había un huerto, en el que entraron **él y sus discípulos**.

²Pero **Judas**, el que lo entregó, también conocía el lugar, pues muchas veces **Jesús** se reunía allí con **sus discípulos**. ³Así que **Judas**, tomando consigo un destacamento de soldados y algunos guardias de los sumos sacerdotes y los fariseos, con linternas, antorchas y armas, va allí.

⁴Así que **Jesús**, sabiendo todo lo que iba a ocurrirle, salió y les dice: “¿A quién buscáis?”.

⁵Le respondieron: “A **Jesús el nazareno**”.

Les dice: “**Yo soy**”.

Pero también **Judas**, el que lo entregó, estaba de pie con ellos. ⁶Así que, cuando les dijo ‘**Yo soy**’, se echaron para atrás y cayeron al suelo.

⁷Así que les preguntó de nuevo: “¿A quién buscáis?”.

Ellos dijeron: “A **Jesús el nazareno**”.

⁸Respondió **Jesús**: “Os he dicho que **yo soy**; así que si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos”.

⁹(Para que se cumpliera la palabra que había dicho: “No he perdido a ninguno de los que *me diste*”).

¹⁰Así que **Simón Pedro**, que tenía una espada, la sacó e hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. El siervo se llamaba Malco.

¹¹Así que **Jesús** dijo a **Pedro**: “Mete la espada en la vaina; ¿la copa que *me ha dado el Padre* no la voy a beber?”».

COMENTARIO

.- **LA PASIÓN (18,1-19,42)**: Un relato del sufrimiento y la muerte de Jesús es fundamental para la tradición narrativa del cristianismo primitivo. El relato de la pasión en el cuarto evangelio no es ninguna excepción. El sufrimiento de Jesús tiene su lugar en este evangelio, pero el relato joánico hace mucho más que repetir la antigua historia. La versión joánica de la vida de Jesús se ha dirigido hacia el acontecimiento de la cruz como el clímax de la experiencia humana de Jesús, el hecho de ser «levantado» (cf. 3,14; 8,28; 12,32-33). En relación con este levantamiento se encuentra la idea de la «hora» de Jesús que, durante la mayor parte del ministerio público de Jesús, remitía a cierto momento en el futuro (cf. 2,4; 7,6.30; 8,20). Jesús anunció que ya había llegado la hora cuando el ministerio tocaba a su fin (cf. 12,23). El encuentro final de Jesús con sus discípulos se abre (13,1) y concluye (17,1) con el reconocimiento de que ha llegado la hora. Hacia el final del ministerio de Jesús emerge un estrecho vínculo entre la muerte de Jesús, la glorificación de Dios y la de Jesús (cf. 11,4; 12,23.28). Durante la última cena se confirman estas sugerencias (cf. 13,31-32; 17,1-5). El levantamiento de Jesús en una cruz conducirá a la reunificación de muchos que anteriormente estaban «dispersados» (cf. 10,16; 11,52; 12,11.19.32). En aquella última tarde con sus discípulos les instruyó sobre la necesidad de una unión amorosa (cf. 13,34-35; 15,12-17), la fecundidad que brota al ser integrados en el amor que existe entre el Padre y el Hijo (cf. 14,23; 15,9-11; 16,26-27). Jesús ha pedido al Padre que esta unión fuera tal que otros llegarán a creer que Jesús era el Enviado de Dios (cf. 17,23-24.26).

A menudo, a lo largo del cuarto evangelio se han introducido nuevos lugares y personajes al comienzo de una nueva secuencia de acontecimientos (cf. 2,1-2.13-14; 3,1-2a; 4,1-7a; 5,1-5;

6,1-4; 7,1-14; 9,1-5; 10,22-23; 11,1-4; 12,1-2). A partir de este criterio formal, podemos dividir Jn 18,1-19,32 en cinco escenas diferentes:

- 1.- 18,1-11: Jesús y sus enemigos se encuentran en un huerto.
- 2.- 18,12-27: La aparición de Jesús ante «los judíos».
- 3.- 18,28-19,16a: Jesús ante Pilato.
- 4.- 19,16b-37: La crucifixión de Jesús.
- 5.- 19,38-42: Jesús es enterrado en un huerto por sus nuevos amigos.

El relato comienza (18,1) y termina (19,41) con *unas escenas en un huerto*, y el proceso ante Pilato se encuentra en el centro del relato.

.- **Jn 18,1-11**: Los comentadores, en general, ponen de título a 18,1-11 «el prendimiento» de Jesús, pero este título no refleja, en realidad, el dominio que Jesús muestra sobre los acontecimientos del jardín o huerto. No se le prende hasta el v. 12. Jesús y sus discípulos se desplazan a un lugar desconocido «donde había un huerto», mientras que las fuerzas adversarias, Judas, una cohorte de soldados romanos y algunos guardias del templo se reúnen y se acercan a Jesús portando linternas, antorchas y armas (vv. 1-3). Esta combinación es históricamente improbable, pero los elementos de la tiniebla se unen contra Jesús, la luz del mundo (cf. 8,12; 9,5). Armados de violencia, los enemigos de Jesús, Judas, romanos y judíos, que representan al «mundo», vienen a buscar a la luz del mundo, llevando consigo su propia luz, es decir, linternas y antorchas.

Jesús sabe lo que va a ocurrirle (v. 4a) y da un paso adelante para preguntarles a quién buscaban, sólo para ponerlos al nivel del suelo al identificarse a sí mismo como YO SOY tras la respuesta de que buscaban a Jesús de Nazaret (vv. 4b-6). Al repetir la fórmula de la revelación de sí mismo (YO SOY), informa a sus adversarios de que sus planes sobre Jesús de Nazaret pueden llevarse a cabo si dejan marchar en libertad a los discípulos (vv. 7-8). El narrador recuerda las palabras de la oración de Jesús: «No perdí a ninguno de los que me diste» (v. 9; cf. 17,12). Ni siquiera Judas, el traidor, es excluido de aquellos a los que debe dejarse en libertad. El hecho de que incluso en este contexto hostil no se haga ninguna excepción en el v. 9, «No perdí a ninguno», es un indicio de que este evangelio no emite un juicio final sobre el discípulo Judas. Por muy perversa que haya sido su acción, ahora se le integra en la protección del Padre cuyo magnífico amor ha sido revelado por Jesús (cf. 17,11-12). Judas está «con» los adversarios de Jesús (v. 5), pero no juega ningún papel activo en el prendimiento (en contraste con Mc 14,42-45 y paralelos). Jesús rogó por sus discípulos (cf. 17,9-19) y por quienes han oído la palabra mediante el ministerio de éstos (vv. 20-26), para que fueran integrados en la unión de amor que existía desde el principio entre el Padre y el Hijo, «para que así el mundo crea que tú me has enviado y les has amado como me amaste a mí» (17,23). Al comenzar Jesús el proceso que le conducirá a su levantamiento (cf. 3,14; 8,28; 12,32), exige que sus discípulos sigan su camino para llevar a cabo su tarea misionera (cf. 13,20.34-35; 15,5-8.16.26-27; 17,18-19.20-23).

Pedro no entiende el significado de lo que va a ocurrir y saca una espada en un intento violento por cambiar el curso de los acontecimientos (18,10), pero es reprendido, pues la pasión *tiene que* comenzar ahora. Se están cumpliendo las profecías de 13,1-17.21-38. Jesús bebe voluntariamente la copa que el Padre le da (v. 11; cf. 12,27), y el relato joánico de la pasión comienza porque Jesús permite que comience. Él es el dueño de la situación. Desde esta primera escena, 18,1-11, los discípulos son objeto de una atención especial. A diferencia de la escena paralela de la tradición sinóptica, en la que se subraya la soledad de Jesús (cf. Mc 15,32-42; Mt 26,26-46; Lc 22,40-46), Jesús está en el huerto con sus discípulos (cf. 18,1). Se les menciona tres veces en dos versículos (vv. 1-2), mientras que a Judas, otro discípulo de Jesús, se le describe como el que estaba con los enemigos de Jesús (v. 5). Frente a la hostilidad y la violencia, Jesús exige que se deje marchar en libertad a los discípulos (v. 8). La pasión de Jesús en el cuarto evangelio no sólo trata de lo que le ocurre a Jesús, sino que también determina el

futuro de los discípulos. La primera escena en el huerto inicia una serie de acontecimientos durante los que Jesús amará a sus discípulos hasta el fin (cf. 13,1), un amor que da a conocer a Dios (cf. 13,18-20).